

BALADA TRISTE EN MADRID

Antonio Gómez Rufo

... en un Madrid absurdo, brillante y hambriento.

Valle Inclán

El viejo tren, destartado y asmático, entró lentamente en la estación de Atocha. Pasaban siete minutos de las nueve y media de la mañana. Cuando al fin se detuvo, un hombre descendió sin prisas con una maleta pequeña en la mano y los ojos desconfiados y despiertos: era Ernesto Bacigalupe, que llegaba a Madrid catorce años después de terminar la guerra civil española con el único objetivo de matar a Franco.

Olía a lluvia reciente y a muchedumbre seca. En sus oídos crecieron risas nerviosas, aspavientos, aullidos exagerados y unos silencios de llanto emocionado que no quiso detenerse a ver para que tampoco nadie se parara a mirarlo a él. Apresurado y tortuoso, haciéndose a empujones un pasillo hasta la salida de la estación, anduvo atropelladamente el andén hasta entrar en el vestíbulo y traspasar después las cristaleras que se abrían a una mañana gris y húmeda replegada sobre sí misma, y que ponía al descubierto una ciudad silenciosa y triste como aquellas que creía haber dejado olvidadas atrás, al norte.

Ernesto Bacigalupe tampoco se detuvo a mirar el cielo: nada más salir al exterior, se subió el cuello de la chaqueta, hizo un leve gesto de asentimiento al primer mozo que se le acercó ofreciéndole pensión y taxi y, sin volver la cabeza, le siguió por donde quiso llevarlo. Adentro quedaron el hormiguero humano en un vestíbulo descuidado (alcatado de azulejos cuarteados y sucios, cenefas desconchadas de flores y mostradores de madera podrida) y los ojos imperturbables de un hombre flaco con gabardina que se aseguró el sombrero antes de salir corriendo a la calle y subir a un coche negro con matrícula de Sevilla que esperaba con el motor en marcha y con otro

hombre flaco al volante que tampoco sabía sonreír.

Tal vez fuese viernes porque algunas mujeres de luto vendían flores blancas en la acera de enfrente al Museo del Prado, a espaldas de una iglesia ante la que estaba formada una hilera muda de penitentes que ocupaba la manzana entera con el fin de llegar a besar los pies del Cristo de Medinaceli, según le explicó el taxista. Viernes, tal vez, porque la primera espada de sol se hizo un hueco entre las nubes y la luz fue creciendo desde el este, como para darle la bienvenida y quitarle los miedos. Pero Ernesto no tuvo ánimos ni ocasión para apreciar el obsequio: se llevó la mano a la cara y no pudo evitar expresar un gesto de dolor agudo. Sacó una petaca del bolsillo trasero del pantalón, se echó un poco de coñac en la boca y se lo meció entre las muelas, bañándolas, manteniendo el buche mientras sentía un escozor leve en la piel interior de la boca y el lento adormecimiento de toda la zona, donde más fuerte era el dolor. Luego se tragó el licor y carraspeó.

- ¿Necesita un dentista? -le preguntó el taxista, que no había dejado de mirarlo durante todo el tiempo que tardó en enjuagarse.

- ¡No! -contestó airado Ernesto, descubriendo los ojos del conductor enmarcados en el espejo retrovisor.

El taxista hizo un gesto de desagrado, sin entender el exabrupto; y enfiló en silencio la calle de Alcalá en dirección a la avenida de José Antonio, dejando a un lado la fuente de Cibeles, donde las carcajadas de agua chapoteaban sobre el reino de piedra gris de la diosa y sobre sus leones eternos, fieros de gesto pero muertos también de miedo, como el espejo fiel de una ciudad vencida.

Un día le dijeron que un pueblo que no sabe matar a sus demonios merece vivir con ellos. Pero Ernesto Bacigalupe no podía o no quería admitirlo; prefería pensar que había pueblos que no abrían los ojos porque no conocían el sol, sólo el refulgor de los fusiles, y que el suyo no era culpable: hacía demasiado tiempo que el sol de la placidez no había derramado una sola gota sobre España. Y el destino le había reservado a él la misión de poner fin, de una vez por todas, a tan perverso prodigio.

L U N E S

El 11 de mayo de 1953 cayó en lunes. En Madrid, la primavera había empezado aventada y nubosa, abril había sido más frío que de costumbre porque no había roto a llover y los amaneceres y los atardeceres recordaron los peores días de la posguerra: largos, silenciosos y umbríos. Días vividos a arañazos. Pero mayo hizo un pacto con el calor, volvió a reír la primavera y las calles se llenaron de anuncios patrióticos y de banderolas rojigualdas, preparativos del Desfile de la Victoria que se iba a celebrar el viernes siguiente, día de San Isidro, por el paseo de la Castellana y el paseo de Recoletos hasta la plaza de Cibeles. Había una ciudad habitada por militares nuevos y funcionarios jóvenes llegados de fuera, estómagos agradecidos, buscadores de oro, liberados de la horda y vencedores de guerra; pero la otra ciudad, la ciudad vencida, seguía hincada de rodillas ofrendando su rendición a la tristeza, una población de miradas bajas que en los momentos de mayor lucidez iba soltando poco a poco las amarras de la recién suprimida cartilla de racionamiento en un paisaje en blanco y negro que no menguaba por el exaltado fervor de los días que se anunciaban. Madrid se había disfrazado con un traje de bocacá hecho con los vientos mansos de las banderas española y portuguesa (aquel año venía el presidente de Portugal a compartir la fiesta), pero muchos madrileños sabían que el disfraz era sólo la apariencia que sustituía al deseo, un engaño para esconder la realidad diaria de esperanzas que se entreveían en los claroscuros del horizonte, un efecto óptico porque, por mucho que se caminara hacia adelante, el horizonte se retrasaba más y más, sustituyéndose a sí mismo una y otra vez.

Aquel lunes también fue distinto a cualquier otro en casa de doña Amelia. Sus huéspedes, cada cual a su manera, estaban a punto de cumplir sus sueños. Por azar, o porque la vida es así y hace ristras con sus venturas y sus desgracias, por fin parecía que dejaban de pintar bastos y

los habitantes de la pensión tenían motivos fundados para ilusionarse con un presente que se había iluminado, sin razón aparente, con los tonos más vivos de la esperanza. Y también, por algún motivo inexplicable, las ilusiones de quienes esperaban que amaneciera para levantarse coincidieron con el día más importante para la ciudad y tal vez para el ánimo desangelado de muchos españoles. Se trataba de un hecho insignificante, acaso baladí, pero de una trascendencia tan notoria como inesperada porque fue capaz de dibujar más sonrisas que ningún otro acontecimiento desde hacía muchos años. La vida en blanco y negro de Madrid iba a empezar a cambiar por una nimiedad, quizá fuese por una nimiedad, pero la realidad era que hasta entonces los niños más afortunados se habían tenido que conformar con globos de caucho grises, tristes como sus abrigos amplios, heredados y no siempre arreglados, o como las tardes de domingo junto a la radio de la salita de estar, o acodados en el alféizar de la ventana del patio interior para poder escuchar la jornada de fútbol en la Marconi del vecino. Pero a don Arturo Castilla se le había ocurrido comprar en Italia una máquina para fabricar cauchos pigmentados con anilinas y tinturas diversas con la que se podían hacer globos de diferentes colores, rojos, amarillos, azules, morados y verdes, y desde unos días atrás los estaba repartiendo entre los niños a la salida del Circo Americano. Y ese mismo lunes, 11 de mayo, los grandes almacenes de Madrid, Simeón, Sepu, El Corte Inglés, Almacenes Rodríguez, Galerías Preciados, Sederías Carretas y los demás, iniciaron una campaña publicitaria consistente en regalar globos de colores a sus clientes, con lo que Madrid cambió para siempre de paisaje: de repente, las calles se vistieron con el colorido de los globos infantiles y, con mucha más razón que la que provenía de las banderolas rojigualdas y verdirrojas, los españoles tuvieron la casi inapreciable sensación de que algo empezaba a cambiar, de que estaban asistiendo al principio de un movimiento que podía significar también el final de algo, aunque no fuese más que el fin del aburrimiento.

O al menos así le pareció a Amelita cuando, perezosa y somnolienta, se asomó al balcón de su casa en la calle del Marqués del Riscal y miró hacia el paseo de la Castellana. Empezaban a crecer las primeras luces del día y sintió el frescor de la mañana en las manos y en la espalda. Abrigada con una toquilla de lana, todavía sin vestir ni peinar, bostezó, sintió un escalofrío

y se removió dentro del capidengue. Llevaba un camión rosa de tela gruesa, con demasiado apresto para resultar cómodo, y cada vez que se movía saltaban en él ecos de yescas, como si se frotaran entre sí papeles de lija. Una voz le hizo volverse.

- Voy, mamá...

(Qué pesada, pensó. Siempre igual.)

Entró en la casa y fue directamente a la cocina, donde doña Amelia estaba apilando los platos y las tazas del desayuno. Amelita le besó la mejilla de refilón, con una sonrisa demasiado bobalicona para su edad, y cambió su mirada por brillos de día de Reyes.

- ¿Sabes que hoy es cuando van a regalar los globos...?

- Déjate de tonterías y vístete, que van a dar las ocho.

- ¿Te sigue doliendo? -señaló su espalda.

- Tú sí que me dueles, hija.

- Mamá...

Amelita era una joven de apenas veinte años que miraba con ojos de miope y entreabría la boca llena de aguas en cuanto Evelio le dirigía la palabra o se quedaba mirándole el escote durante el desayuno. De cabellos claros, ojos marrones, piel fina y talle apretado, le encantaban los seriales y podía pasarse las horas muertas recortando los santos del *Blanco y Negro* y de *Triunfo*, o cumpliendo a regañadientes los encargos fáciles de su madre, que tampoco le exigía mucho.

- Que ya eres mayorcita, rica. Y yo ya no puedo con todo.

- Tengo melancolía, mamá -respondía a veces, dejando caer los ojos al suelo.

- ¡Yo te voy a decir lo que tienes, gandula! -resolvía el trámite doña Amelia dándole un pescozón.

No me comprende, pensaba entonces Amelita mientras con infinita desgana apretujaba las sábanas para que escurriesen en los rodillos de la lavadora de manivela o amontonaba los platos y las tazas del desayuno junto a la pila de fregar. Amelita no tenía luces anchas ni había estudiado más allá de las cuatro reglas y un poco de corte y confección, pero tenía metido en la

cabeza que había una vida muy hermosa ahí afuera y que algún día también ella sería invitada al festín. Durante horas miraba las revistas atrasadas que había en la salita de estar y soñaba despierta con la idea de poder codearse con Alicia Calderón y con Maruja Tomás, las más guapas bailarinas de revista, con ocupar un palco en el Eslava, con salir a bailar hasta el amanecer en la terraza del Villarosa o con merendar en Molinero de las Torres junto a un joven que siempre, en sus sueños, tenía el rostro de Evelio. Se sentía la Cenicienta del cuento, pero sabía que cargar con las maletas era todo lo que podía hacer hasta que su príncipe la rescatase.

- Hoy es cuando van a regalar globos de colores a los niños... A lo mejor me dan uno...

- A ti te lo van a dar... Anda, friega esos cacharros...

(¡Estoy más que harta...!,

pensó Amelita mientras se dirigía al fregadero.)

La pensión estaba en la segunda planta de un edificio que hacía esquina entre las calles de Fortuny y del Marqués de Riscal, muy cerca del paseo de la Castellana. Era un piso amplio que alguna vez debió de ser lujoso, con salón, comedor, cuarto de baño, aseo, cinco dormitorios y uno más para el servicio, en el que ella dormía. La estancia principal estaba empapelada en tonos bermellones y oro, y abigarrada de buenos muebles antiguos aunque dañados por el paso del tiempo, deslucidos y ajados: un tresillo corinto, dos sillones de orejas tapizados en oro viejo y varias sillas imitación Luis XIV. La gran librería de caoba, que cubría por completo una de las paredes del salón, guardaba más adornos que libros, y en el centro de la sala, sobre una alfombra morada raída por los bordes, había un canapé tapizado en rosa palo que tampoco desentonaba demasiado con el extraño conjunto del mobiliario. Un retrato al óleo de un militar uniformado presidía la estancia, el de don Sandalio, teniente coronel de carabineros, el marido de doña Amelia, fusilado después de la guerra y del que su viuda nunca quería hablar. El comedor, por el contrario, era una sala funcional y prácticamente desnuda a la que sólo en los atardeceres entraban ráfagas tibias de sol, y tan desamueblada que incluso desentonaban la gran mesa del centro, las ocho sillas de rejilla despuntilladas y la media docena de cuadritos con láminas en color de pajarillos, salpicados por las

paredes. La cocina era amplia, luminosa y limpia; y los dormitorios, situados a ambos lados de un interminable pasillo que doblaba al final a la derecha, disponían de una cama, un armario, una mesa de estudio o un tocador y poco más. Bombillas de cuarenta vatios en toda la casa, y alguna de veinticinco, hacían de la pensión un lugar demasiado triste en cuanto empezaba a atardecer, pero durante la mañana, cuando el sol se hacía un hueco entre las nubes, resultaba confortable y muy alegre. Y llena de músicas y desgarradas salmodias porque Dolores, en cuanto terminaba de desayunar, se encerraba en su habitación y ensayaba una y otra vez estrofas de una misma copla, siempre la misma, repitiendo hasta el hastío una canción de Quintero, León y Quiroga con la que Juanita Reina se había hecho célebre y en la que aseguraba que estaba dispuesta a que se le parasen *los puros* si dejaba de querer a un hombre del que no daba su nombre.

Dolores. Había que conocerla muy bien para que la vida a su lado no terminase siendo una sucesión de asaltos de esgrima con sables envenenados. Dolores Carmona era una mujer de cincuenta y cinco años que alguna vez soñó con ser cantante y con esa pretensión se subió a los escenarios, de donde bajó muy pronto entre palmas de cortesía y la indiferencia general de un público que jamás la tuvo en cuenta. A los veinte hizo un papelito en una película muda, pero no estaba segura de si se había llegado a estrenar; a los treinta, recorrió todo el norte en una gira larga que le dio dinero pero le borró el escaso prestigio con que se la anunció, y a los cuarenta, durante la guerra, cantó primero para Miaja y luego para Millán Astray con el mismo desparpajo e idéntica displicencia entre el auditorio. Ahora, tempranamente ajada, a punto de agotar su libreta de ahorros, olvidada de los amantes que alguna vez debió de tener y sin más compañía que la de los habitantes de aquella casa, por los que unos días se sentía querida y otros no, había firmado por fin un contrato en el Teatro Alcázar para un espectáculo de canción española que se iba a estrenar el próximo sábado día 16 y en el que ella cantaría dos coplas, una de ellas *Y sin embargo te quiero*, que no paraba de ensayar porque aseguraba que era la más difícil.

A pesar de sus rarezas, doña Amelia le había tomado cariño y no le importaba que martilleara sus tímpanos y los de sus huéspedes con gorgoritos y chillidos desafinados hasta que encontraba el tono y la melodía. Por su parte, Amelita, en su ensimismamiento vital, se embelesaba

con las letras de las canciones de la cupletista y se preguntaba, en silencio, si algún hombre se las susurraría algún día al oído. Y entre tanto miraba a hurtadillas a Evelio, que alguna vez había expuesto sus quejas porque con tanto esmero en el arte de disonar y tanta contumacia en el desafino le resultaba imposible concentrarse y aprenderse de memoria el acto administrativo, sus caracteres, clases, elementos y efectos.

(¡Qué guapo, Dios mío! ¿Se habrá fijado en mí?)

Evelio Sánchez Pasquín iba a examinarse ese mismo lunes por la tarde del último ejercicio de la oposición a secretario de Ayuntamiento y se despertó confiado y de buen humor porque había aprobado con nota los dos ejercicios anteriores y el examen oral pendiente, en el que habría de disertar durante una hora sobre un tema elegido al azar entre los noventa y tres del temario general, no le inquietaba en absoluto. Se los sabía todos, de memoria y por su orden, por lo que el reto pendiente era para él un trámite sin mayores complicaciones.

Había estudiado Derecho en la Universidad de Salamanca y su padre, dueño de un negocio de óptica con local propio en uno de los soportales de la Plaza Mayor salmantina, había mandado a su hijo a Madrid a preparar notarías. Evelio Sánchez Pasquín, sin dar noticia en su casa, cambió los planes familiares porque con sólo mirar el batallón de volúmenes de Derecho Civil firmados por Castán se le produjo un calambre en el estómago del que tardó una semana en curar; y cuando se recuperó, o creyó recuperarse, pagó sin titubeos los derechos de la oposición a secretario de Ayuntamiento y con ella venía flirteando desde hacía cuatro años con tanto interés como medida y relajo. Pero ahora, por fin, la había seducido y esa misma tarde se disponía a conquistarla. Evelio Sánchez Pasquín se despertó, se asomó a la ventana, miró el cielo despejado y se volvió a meter en la cama, que aún no había perdido el calor. Sólo cuando le llegaron aromas de maltas hirviendo y oyó el taconeo de Amelita por el pasillo en idas y venidas sin cuento, decidió levantarse. Se vistió despacio, fue al cuarto de aseo y se atildó según costumbre, lavándose la cabeza en seco, con polvos de talco, para evitar la caída del cabello que le amenazaba desde los finales de la adolescencia. Y cuando se dio el visto bueno ante el espejo, salió a desayunar.

Tenía veintiséis años, se estaba quedando calvo en una alopecia inexplicable para su

juventud y comenzaba un día lleno de inquietudes; pero aquella mañana que presagiaba el triunfo que estaba esperando desde hacía tanto tiempo se sintió como un chaval de dieciocho.

- Buenos días, doña Amelia -dijo tras carraspear, al entrar en el comedor.

- Buenos días, Evelio -contestó la dueña mientras le servía malta y leche-. ¿Qué? ¿Nervioso?

- Quiá -se concentró en mojar la magdalena en el café-. No hay quien pueda conmigo.

- Buenos días, Evelio -la voz pequeña de Amelita se perdió entre las toses bronquíticas de don Jesús, que entraba en ese momento en el comedor, en pijama y anudándose de mala manera el cinturón de su bata de lana de cuadros grises.

- A ver si deja usted de fumar -le regañó doña Amelia-. Y estoy harta de decirle que se adecante antes de venir al comedor.

- Buenos días, buenos días -alcanzó a articular don Jesús, congestionado y sin prestar atención a la patrona. Luego la miró con fijeza-. ¡A todos!

(¡Bruja!, pensó también, pero no lo dijo.)

Amelita y Evelio se miraron un instante pero a él sólo le importaba empapar bien la magdalena en el café con leche y ella se ruborizó para nadie. El silencio se quebró con el tintineo de las cucharillas tropezando con la porcelana de las tazas al remover el azúcar. Doña Amelia, que sufría con cada cucharada de más que sus huéspedes le echaban al café, llevaba un vestido de mucho vuelo estampado de grandes flores en tonos azules, en el que predominaba el azul oscuro, escotado y de hombreras grandes, ceñido por un cinturón ancho de color blanco y hebilla dorada. A los cuarenta y ocho años era una mujer todavía hermosa, con brío. Don Jesús la admiraba sobre todo por lo femenina que era: ahora estaba mirándola de una forma descarada, parecía que intentaba adivinar sus entretelas.

- Deje de mirar tanto y desayune -doña Amelia regañó a don Jesús mientras retiraba el servicio de Evelio, que ya había terminado y estaba haciendo sobremesa fumando un pitillo que se había liado él mismo.

- ¿Esa picadura es buena? -preguntó don Jesús con la boca llena.

- Pura basura -contestó desdeñoso el joven-. En cuanto cobre el primer sueldo, compraré Lucky Strike. En el futuro sólo voy a fumar tabaco rubio americano. Emboquillado.

- Vamos, vamos, no se entretenga -doña Amelia apuró a don Jesús, que escuchaba a Evelio.

- Qué prisas -se quejó el viejo.

- ¡Ya ha terminado! -doña Amelia, airada, le quitó la taza con brusquedad mientras don Jesús aún mojaba el último trozo de magdalena-. ¡Y vaya a afeitarse, por Dios!

(¡No sé cómo hay que decírselo, qué hombre!)

- ¡Pero si no he terminado...! -don Jesús vio volando su taza y siguió el vuelo con ojos de necesidad. Y añadió para sí-: Ya no hay respeto...

- Ande, fúmese uno de estos -le invitó Evelio pasándole papel y tabaco.

Don Jesús se desgarró en esputos mientras aceptaba el obsequio y se liaba un cigarrillo grueso. Cuando cedió en sus toses, lo encendió, metió el humo bien dentro de sus pulmones y lo exhaló despacio.

- No está mal.

- Rubio americano. Ya verá: tendremos tabaco rubio y una faria todos los domingos.

Ésa será mi vida...

- Evelio, hijo, quiero que me jures una cosa.

- Lo que usted mande, don Jesús.

- Quiero que te asegures de que se cumplan mis últimas voluntades, cuando muera...

- ¡Pero si usted no va a morirse nunca! -sonrió Evelio y le palmeó la espalda, dejando su mano en ella para que el viejo sintiese el calor que quería transmitirle.

- Júralo -insistió don Jesús.

- Jurado -dijo Evelio, dando a la palabra un tono grave y solemne.

Don Jesús se llevó otra vez el cigarrillo a los labios. Ni siquiera abrió los ojos cuando entró en el comedor Dolores, muy arreglada, con un peinado impecable y excesivamente maquillada

para la hora que era. Dolores dio los buenos días, se sentó en la silla más alejada y Amelita corrió a servirle el desayuno. La niña no apartó los ojos de ninguno de sus movimientos, como si estuviese estudiándolos, o necesitara aprenderlos para un porvenir que sólo existía en su imaginación.

- Lo has jurado, Evelio -insistió don Jesús.

- Descuide.

Todos los movimientos de Dolores eran elegantes, en efecto. Llevaba las uñas muy largas, pintadas de rojo mezclado con burdeos y lila, tal vez para conseguir una distinción que Amelita reconocía con desmesura. Era mayor que doña Amelia; desde luego su carné de identidad, si no estaba falsificado, decía que había nacido en 1898, hacía cincuenta y cinco años, aunque era posible que tuviese alguno más por la cantidad de varices que dibujaban mapas en sus pantorrillas. Ataviada con una falda tubo de paño negro y una blusa beige de amplios cuellos y jaretas verticales a ambos lados de la botonadura dorada, se movía con un bamboleo exagerado de caderas, de una forma apropiada para un escenario de teatro pero poco natural en una casa de huéspedes de ocho dueros diarios, pensión completa. Pero acostumbrados a sus modos y maneras, altivos y majestuosos, e ilusionados también como ella porque por fin iba a debutar el sábado en el Alcázar, estreno al que por supuesto estaban invitados, dejaron de hablar en cuanto entró y se detuvieron para verla desayunar, como si por fin estuviese coronada con el laurel de la diosa que nunca pudo ser aunque ella hiciese lo imposible por parecerlo.

- ¿Un poquito más de leche? -se acercó solícita Amelita.

- Uy, no, hija... -apenas se tocó la cintura con dos dedos-. Tengo que cuidar la línea...

- A la cocina, Amelita -doña Amelia retiró las magdalenas de la mesa-. Ya hemos desayunado todos...

(¡Pero qué harta...!, murmuró.)

- ¿Qué, está preparada para el debut? -inició Evelio la conversación.

- No es un debut, joven, sino una reaparición. Y además una artista siempre está dispuesta -la respuesta de Dolores fue demasiado seca a pesar de la aspereza habitual de la cantante y todos extrañaron el tono. Doña Amelia pensó que se comportaba así porque, en efecto, estaba

inquieta.

- Ya lo sé, ya lo sé... -sonrió Evelio-. Lo que quería decir es si se encuentra animada, o preocupada, o nerviosa...

- Las tres cosas -dijo Dolores, rindiéndose, más humana que nunca. Guardó unos segundos de silencio y, levantando la cabeza, les miró uno por uno y confesó-: Bueno, para ser sincera, les diré que estoy muerta de miedo...

La mujer altiva, imponente y segura que había entrado por la puerta unos minutos antes, ahora se estaba derritiendo como una vela encendida. Ni siquiera terminó la magdalena que estaba mordisqueando con desgana. Miró a don Jesús, que bajó los ojos al pitillo que se estaba terminando de fumar, y después miró a doña Amelia, que derramaba su mirada sobre la cupletista como si pretendiese bañarla en ternura y compasión.

- Pero..., ¿qué miedo ni qué ocho cuartos? -doña Amelia fue a abrazarla-. ¡Si cantas como los mismos ángeles!

(Que no se me olviden las judías verdes, pensó.

Y añadió para sí misma: Bueno, a ver a cómo están hoy...)

- ¿Tú crees? -se dejó abrazar Dolores.

- Es usted la mejor cantante del mundo -dijo Amelita.

- Gracias, gracias... -la cupletista pareció emocionarse.

- ¿No te he dicho que a la cocina? -doña Amelia le dio un cachete a Amelita.

- ¡Ya voy...!

- Me lo has jurado, Evelio -don Jesús también estaba muy preocupado aquella mañana de lunes.

- Que sí, don Jesús. Descuide usted...

- Eres casi funcionario, no lo olvides, y la palabra de un funcionario...

- No lo olvidaré.

- ¿Es nuevo? -preguntó Dolores a doña Amelia señalándole el cinturón.

- Sí -se lo miró-. ¿Te gusta?

- A mí me quedaría bien... -aceptó Dolores-. Pero a ti, no sé; te sienta como un tiro, hija.

Mientras se sentían esas pequeñas emociones; mientras se vivían esas ilusiones menudas y se sucedían escenas familiares anodinas y sin importancia en casa de doña Amelia, afuera, en la alta sociedad madrileña, crecía una verdadera conmoción por la reciente inauguración del Hotel Hilton, adonde acudían todos los protagonistas que salían en *Primer Plano*, desde los toreros Luis Miguel Dominguín y Juan Belmonte hasta algunas estrellas del cine norteamericano como Ava Gardner. El Hilton, diseñado por Otamendi, había sido construido por la constructora del Carmen, a la que estaba vinculado Romero Gorría, con la ayuda de un escandaloso crédito de veinte millones de pesetas concedido por el Gobierno a fondo perdido a los constructores, que dijeron haberse quedado sin dinero para terminar la obra. La saga de los Otamendi tenía un prestigio indudable consolidado en la capital, porque alguno de sus miembros había sido el autor de varias grandes obras, el Metro y la Torre de Madrid, o el Edificio España, o los dos; y Romero Gorría tenía la suficiente mano cerca de El Pardo como para obtener tan escandalosa cifra a pérdidas, una fortuna que no sólo era inusual, sino para la inmensa mayoría una exageración nada fácil de explicar y por la que protestó hasta el mismo duque de Luna, en ese momento director general de Turismo, que lo consideró un despilfarro inadmisibles. Pero el Hotel Hilton se había terminado al fin y, según todas las gacetillas, estaba cumpliendo la función para la que había sido inaugurado: congregar a lo más selecto de Madrid en sus meriendas, cenas y bailes, y también a lo peor, a los señoritos que dejaban una estela sucia de putas jóvenes a su paso y que después cerraban la noche en Villarosa o en el burdel de Regueros, 6, donde tía Lola les arreglaba una noche de compañía alquilada por poco más de cien pesetas.

Las preocupaciones menudas de la casa de doña Amelia, pues, contrastaban con las de la alta sociedad madrileña, para la que nunca hacía frío, y que consistían en acudir al Hilton, en divertirse en los tendidos 9 y 10 de la Plaza de Toros de Las Ventas y en intercambiar cuentos picantes en las mejores tribunas del Estadio de Chamartín o el Metropolitano; y ahora, en esos días de víspera, en obtener una silla lo más cerca posible de Su Excelencia el Generalísimo o doña

Carmen Polo para asistir el viernes siguiente al Desfile de la Victoria que se iba a celebrar en el Paseo de la Castellana...